

el fino raso azul de las aguas y dejando una estela de blanquísimos encajes. Hemos arribado a las playas del Lido, la isla gentil de los palacios placeros, de los jardines siempre floridos, de la playa abierta sobre el Adriático.

En Venecia hablan las piedras, las columnas y las ojivas de un pasado recio e inmortal de pasiones bravas, de pretéritas grandezas, de sutiles concepciones de arte. En el Lido todo destila modernidad y *frivolité* de buen tono; se *chuta*, se *boxea*, se bebe *Whisky* a todas horas. Desde la mañana a la caída de la tarde el traje femenino es la *maillot* y el masculino el *pyjama*, y entre la tierra y el agua, entre el ejercicio de natación y la consumación alcohólica en el *bar*, se vive una desnuda y salvaje promiscuidad de sexos de la que huye proscrita y avergonzada esa cosa espiritual y etérea, sustentáculo y perfume al mismo tiempo de la sociedad y la familia, que hasta ahora se venía conociendo con el nombre de *honestidad*...

Cuando abandonamos la isla comienzan a temblar sobre las aguas transparentes las lucecillas de los faros y de las torres de las costas: todo el pai-

